

Lawrence E. Harrison, "La Cultura Importa",
The National Interest, Summer 2000 p55.

La guerra de décadas contra la pobreza y el autoritarismo en los países pobres de África, Asia y América Latina ha producido más decepción y frustración que victorias. La privación y la desesperación que prevaleció en el siglo XX persisten en la mayoría de estos países, incluso una década después del triunfo ideológico del capitalismo sobre el socialismo. Cuando los jefes de Estado democráticamente elegidos han desplazado a los tradicionales regímenes autoritarios, un patrón más notable en América Latina, los experimentos son frágiles, y la "democracia" a menudo significa poco más que elecciones periódicas.

¿Qué explica la persistencia de la pobreza y el autoritarismo? ¿Por qué han resultado tan difíciles de lidiar? ¿Por qué no hay países en África, Asia y América Latina, fuera de los dragones asiáticos, que hayan transitado hacia el grupo de élite de países ricos? Los diagnósticos convencionales que se han ofrecido durante el último medio siglo, explotación, imperialismo, déficit de educación y conocimientos técnicos, falta de oportunidades, falta de capital, mercados inadecuados, instituciones débiles--son claramente insuficientes. El elemento fundamental que ha sido ignorado en gran parte es el cultural: es decir, valores y actitudes que se interponen en el camino del progreso. Algunas culturas, sobre todo las del oeste y las de Asia oriental, han demostrado más propensión a avanzar más. Sus logros son reiterados cuando su gente emigra a otros países, como en el caso de los británicos en los Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda; y los chinos, japoneses y coreanos, que prosperaron donde han emigrado.

La conclusión de que la cultura importa cae pesada. Choca con el relativismo cultural, suscrito ampliamente en el mundo académico, que afirma que las culturas pueden evaluarse sólo en sus propios términos y que los juicios de valor por foráneos son tabú. La conclusión es que todas las culturas son igualmente dignas, y quienes sostienen lo contrario se etiquetan como etnocéntricos, intolerantes o incluso racistas. Se encuentra un problema similar con los economistas que creen que la cultura es irrelevante--que las personas responden a señales económicas de la misma manera, independientemente de su cultura.

Pero un número cada vez mayor de académicos, periodistas y políticos escriben y hablan de la cultura como un factor crucial en el desarrollo social, y está surgiendo un nuevo paradigma del progreso humano. El Presidente de la Reserva Federal, Alan Greenspan, capturó el cambio recientemente cuando dijo que, en el contexto de las condiciones económicas en Rusia, que él había asumido que el capitalismo es "naturaleza humana". Pero tras el colapso de la economía rusa, concluyó que "no era la naturaleza humana, sino la cultura"--una sucinta reexpresión de la tesis de Max Weber en "La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo".

Un Triste Récord

En la década de 1950, el mundo cambió su atención de la reconstrucción de los países devastados por la Segunda Guerra Mundial, a la tarea de poner fin a la pobreza, la ignorancia y la injusticia en que vive la mayoría de los pueblos de África, Asia y América Latina. El optimismo abundaba tras el impresionante éxito del Marshall Plan en Europa Occidental y el ascenso de Japón desde las cenizas de la derrota. El desarrollo se consideraba inevitable, particularmente si había desaparecido el yugo colonial. El muy influyente libro de Walt Rostow, "Las Etapas del Crecimiento Económico", publicado en 1960, sugirió que el progreso humano era impulsado por una dialéctica que podría acelerarse. "La Alianza para el Progreso," respuesta de John F. Kennedy a la revolución cubana, capturó el optimismo reinante. Podría duplicar el éxito del Marshall Plan, y América Latina estaría en su propio camino hacia la prosperidad y la democracia dentro de diez años.

Pero a fines del siglo, ese optimismo fue desplazado por la frustración y el pesimismo, a pesar del consenso sobre la economía de mercado y la democracia. España, Portugal, Corea del Sur, Taiwán, Singapur y la ex colonia británica de Hong Kong han seguido la trayectoria de Rostow en el primer mundo, y algunos otros--por ejemplo, Chile, China, Malasia y Tailandia--han experimentado un crecimiento sostenido y rápido. España y Portugal finalmente se abrieron a la Ilustración, la Revolución Industrial y los valores occidentales que habían impulsado la modernización de sus vecinos de Europa. Y como Japón antes que ellos, los dragones asiáticos aplicaban las

características del confucianismo similares a la ética protestante y políticas de promoción exportación para tener éxito.

Pero la gran mayoría de los países todavía queda muy por detrás. De los seis millones de personas que habitan el mundo de hoy, menos de mil millones se encuentran en las democracias avanzadas. Más de cuatro millones viven en lo que el Banco Mundial clasifica como países de "bajos ingresos" o "baja renta media". La calidad de vida en esos países es desalentadora:

* La mitad o más de la población adulta de 23 países, principalmente en África, son analfabetas. Países no africanos incluyen Afganistán, Bangladesh, Nepal, Pakistán y Haití.

* La mitad o más de las mujeres en 35 países son analfabetas, incluyendo países como Argelia, Egipto, Guatemala, India, Laos, Marruecos, Nigeria y Arabia Saudita.

* La esperanza de vida está por debajo de 60 años en 45 países, más en África, pero también Afganistán, Camboya, Haití, Laos y Papua Nueva Guinea. La esperanza de vida es menor de 50 años en 18 países, todos en África. Y en Sierra Leona es sólo 37 años.

* La tasa de mortalidad de niños menores de 5 años es superior al 10 por ciento en por lo menos 35 países, la mayoría, una vez más, en África. Otros países son Bangladesh, Bolivia, Haití, Laos, Nepal, Pakistán y Yemen.

* La tasa de crecimiento de la población en los países más pobres es 2.1 por ciento anualmente, tres veces la tasa en los países de altos ingresos. La tasa de crecimiento en algunos países islámicos es sorprendentemente alta: 5 por ciento en Omán, 4,9 por ciento en los Emiratos Árabes Unidos, 4,8% en Jordania, 3,4 por ciento en Arabia Saudita y Turkmenistán.

Además, la mayoría de las pautas de distribución de ingresos más desiguales entre los países que suministran esos datos al Banco Mundial--no todos lo hacen--se encuentran en los países más pobres, especialmente en América Latina y África. El 10% más rico de la población brasileña representa casi el 48 por ciento de sus ingresos. Kenya, Sudáfrica y Zimbabwe están a una fracción de un punto por debajo.

Las instituciones democráticas son débiles o inexistentes en África, los países islámicos del Medio Oriente y en el resto de Asia. La democracia ha parecido prosperar en América Latina en los últimos quince años. Argentina, Brasil y Chile parecen dirigirse hacia la estabilidad democrática tras décadas de gobierno militar. Pero la fragilidad de los experimentos democráticos se destaca por los acontecimientos recientes en varios países: en Colombia, donde las guerrillas de izquierda, a menudo cooperan con los traficantes de drogas, controlan gran parte del país y amenazan con derrocar al Gobierno; en Ecuador, donde la ineptitud y corrupción en la capital Andina de Quito han contribuido a una profunda recesión y al sentimiento separatista en la Guayaquil costera; y en Venezuela, donde Hugo Chávez, un oficial que intentó dos golpes de estado en la década de 1990, es ahora Presidente y se comporta en formas que lo dejan a uno preguntándose si él y no Fidel Castro, resultará ser el último caudillo de América Latina. Y queda una pregunta importante: ¿por qué después de más de 150 años de independencia, Latinoamérica, una extensión del oeste, ha fracasado en lograr consolidar las instituciones democráticas?

En suma, el mundo al comienzo del siglo XXI es mucho más pobre, mucho más injusto, mucho más autoritario que la mayoría de la gente hace medio siglo esperaba que sería, y los frutos esperados del consenso democrático-capitalista post guerra fría, con algunas excepciones, están aún por ser cosechados.

Explicando el Fracaso: Colonialismo y Dependencia

Como se hizo evidente que los problemas de subdesarrollo fueron más difíciles que lo que los expertos en desarrollo habían predicho, dos explicaciones con raíces marxista-leninistas llegaron a dominar la política de los países pobres y las universidades de los países ricos: colonialismo y dependencia.

Lenin había identificado el imperialismo como una etapa tardía e inevitable del capitalismo que refleja lo que veía como la incapacidad de los países capitalistas cada vez más monopolistas para encontrar mercados internos para sus productos y capital. De las antiguas colonias, posesiones o países subordinados que habían ganado recientemente la independencia, el imperialismo era una realidad que dejó una huella profunda en la psique nacional y presentó una explicación lista para el subdesarrollo--especialmente en África, donde las fronteras nacionales habían sido a menudo arbitrariamente elaboradas sin referencia a la homogeneidad de la cultura o la coherencia tribal.

Para los países en lo que vendría a ser llamado el tercer mundo que habían sido independiente durante un siglo o más, como en América Latina, el "imperialismo" tomó la forma de "dependencia"--la teoría de que los países pobres de "la periferia" fueron estafados por los países ricos capitalistas del "centro". Estos países supuestamente deprimían los precios del mercado mundial de productos básicos e inflaban los precios de los productos manufacturados, permitiendo a sus multinacionales extraer ganancias excesivas.

La injusticia de la dependencia fue popularizada por el escritor uruguayo Eduardo Galeano, cuyo libro fenomenalmente exitoso, "Las Venas Abiertas de América Latina", fue publicado en 1971 (desde entonces ha sido reeditado sesenta y siete veces). Las siguientes líneas captan su esencia:

América Latina es la región de venas abiertas. Desde el descubrimiento hasta la actualidad, nuestra riqueza ha sido tomada de nosotros primero por el capital europeo y luego por el capital estadounidense y se ha acumulado en los lejanos centros de poder.... La división internacional del trabajo consiste en que algunos países se especializan en hacerse ricos y algunos en hacerse pobres.

Las raíces marxista-leninistas de la teoría de la dependencia son evidentes en otro libro publicado en el mismo año con el título de "Dependencia y Desarrollo en América Latina". Los autores fueron Fernando Henrique Cardoso, hoy Presidente de Brasil y Enzo Faletto, un argentino. El libro, en marcado contraste con las políticas centristas, democráticas-capitalistas del Presidente Cardoso desde 1993, concluye:

No es realista imaginar que el desarrollo capitalista resolverá los problemas básicos para la mayoría de la población. Al final, lo que tiene que examinarse como una alternativa no es la consolidación del Estado y alcanzar el "capitalismo autónomo" sino cómo reemplazarlos. La pregunta importante, entonces, es cómo construir caminos hacia el socialismo.

Ni el "colonialismo" ni la "dependencia" tienen mucha credibilidad hoy. Para muchos, entre ellos algunos africanos, el estatuto de limitaciones sobre el colonialismo como explicación del subdesarrollo caducó hace mucho tiempo. Además, cuatro antiguas colonias, dos británicas (Hong Kong y Singapur) y dos japonesas (Corea del Sur y Taiwán), son ahora parte del primer mundo. Rara vez se menciona hoy la dependencia, ni siquiera en las universidades estadounidenses, donde hace no muchos años era un concepto popular que no permitía ningún desacuerdo. Contribuyeron a la desaparición de la teoría de la dependencia, entre otros factores, la caída del comunismo en Europa Oriental; la transformación del comunismo en China en el autoritarismo convencional, cada vez más libre mercado; el colapso de la economía cubana, después de que Rusia detuvo masivas subvenciones soviéticas; el éxito de los dragones asiáticos en el mercado mundial; la derrota decisiva de los Sandinistas en las elecciones de Nicaragua de 1990; y el abandono de la estridencia anti-Yanqui contra la iniciativa de México para unirse a Canadá y los Estados Unidos en el NAFTA.

Y así un vacío explicativo surgió en la última década del siglo.

Explicando el Fracaso: Cultura

Inadvertido en los círculos académicos de Estados Unidos, un paradigma nuevo, mirando hacia adentro, que se centra en los valores culturales y actitudes, está cubriendo gradualmente el vacío explicativo dejado por el colapso de la teoría de la dependencia. Recientemente, América Latina ha tomado la delantera en articular el paradigma y generar iniciativas para traducirlo en acciones diseñadas no sólo para acelerar el crecimiento económico sino también para fortalecer las instituciones democráticas y promover la justicia social. El paradigma de la cultura también tiene adeptos en África y Asia.

Por supuesto, muchos analistas que han estudiado los milagros económicos del este de Asia en los últimos tres decenios han concluido que los valores "Confucianos" --como el énfasis en el futuro, trabajo, educación, mérito y frugalidad--han desempeñado un papel crucial en el éxito de Asia oriental. Pero igual que el florecimiento de los asiáticos orientales en el mercado mundial--tan inconsistente con la teoría de la dependencia--fue ignorado por los políticos e intelectuales de América Latina hasta los últimos años, también lo fue la explicación cultural de esos milagros económicos. América Latina ha aceptado en su mayor parte las lecciones de política económica de Asia oriental, y está encarando la cuestión: si la dependencia y el imperialismo no son responsables de nuestro subdesarrollo económico, nuestras tradiciones políticas autoritarias y nuestra extrema injusticia social, ¿quién es el responsable?

Esa pregunta fue planteada por el escritor venezolano Carlos Rangel en un libro publicado a mediados de los años 70, "Los Latinoamericanos: su Relación de Amor-Odio con los Estados Unidos". Rangel no fue el primer latinoamericano en concluir que los valores y las actitudes tradicionales Iberoamericanos y las instituciones que los reflejaban y reforzaban, fueron la causa principal del "fracaso" de América Latina, una palabra que él contrasta con el "éxito" de los Estados Unidos y Canadá. Conclusiones similares fueron grabadas, entre otros, por Francisco de Miranda, ayudante de Simón Bolívar, en los últimos años del siglo XVIII; por los eminentes argentinos Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento y el chileno Francisco Bilbao en la segunda mitad del siglo XIX; y por el intelectual nicaragüense Salvador Mendieta a inicios del siglo XX. Anticipando comentarios similares por Alexis de Tocqueville veinte años más tarde, el mismo Bolívar tuvo que decir esto en 1815:

Mientras nuestros compatriotas no adquieran los talentos y virtudes políticas que distinguen a nuestros hermanos del norte, sistemas políticos basados en la participación popular, lejos de ayudarnos, traerá nuestra ruina. Por desgracia, esas cualidades en el grado necesario están más allá de nosotros. Estamos dominados por los vicios de España--violencia, ambición prepotente, venganza y codicia.

El libro de Rangel le granjeó la enemistad de la mayoría de los intelectuales de América Latina y fue ignorado en su mayoría por los especialistas de América Latina en Europa y América del Norte. Sin embargo, el libro ha demostrado ser muy influyente. En 1979 el Premio Nobel Octavio Paz explicó el contraste entre las dos Américas, de esta forma:

Una, hablando en inglés, es la hija de la tradición que ha fundado el mundo moderno: la reforma, con sus consecuencias sociales y políticas, la democracia y el capitalismo. Las demás, de habla española y portuguesa, son la hija de la monarquía Católica universal y la Contrarreforma.

Uno encuentra fuertes ecos de Rangel en el libro de Claudio Veliz 1994, "El Nuevo Mundo de la Zorra Gótica", que contrasta los legados Anglo-Protestante e Ibero-Católico en el Nuevo Mundo. Veliz define la nueva corriente cultural con las palabras del célebre escritor peruano Mario Vargas Llosa, quien afirma que las reformas económicas, educativas y judiciales necesarias para la modernización de América Latina no pueden llevarse a cabo a menos que sean precedidas o acompañadas por una reforma de nuestras costumbres e ideas, del conjunto complejo sistema de hábitos, conocimientos, imágenes y formas que se entienden por «cultura». "La cultura en la que vivimos y actuamos hoy en América Latina no es ni liberal ni es totalmente democrática. Tenemos gobiernos democráticos, pero nuestras instituciones, nuestros reflejos y nuestra mentalidad están muy lejos de ser democráticos. Siguen siendo populistas y oligárquicos, o absolutistas, colectivistas o dogmáticos, viciados por prejuicios raciales y sociales, inmensamente intolerantes con respecto a los adversarios políticos y dedicados al peor monopolio de todos, el de la verdad".

El reciente bestseller en América Latina, "Guía del Perfecto Idiota Latinoamericano", se dedica a Rangel por sus coautores, el colombiano Plinio Apuleyo Mendoza; el hijo de Vargas Llosa, Alvaro; y el cubano exiliado, Carlos Alberto Montaner, los tres identificándose a sí mismos como "idiotas" de la extrema izquierda en sus años mozos. El libro critica a los intelectuales latinoamericanos de este siglo, que han promovido la opinión de que la región es una víctima del imperialismo. Entre ellos se encuentran Galeano, Fidel Castro, Guevara, el pre-presidencial Fernando Henrique Cardoso y Gustavo Gutiérrez, fundador de la teología de la liberación. Mendoza, Montaner y Vargas Llosa fuertemente concluyen que las verdaderas causas del subdesarrollo de América Latina están en la mente de los latinoamericanos:

En realidad, excepto por los factores culturales, nada impidió a México lo que hizo Japón cuando desplazó casi totalmente la producción de aparatos de televisión en los Estados Unidos.

En su siguiente libro de 1998, "Fabricantes de Miseria", los autores rastrean la influencia de la cultura tradicional en el comportamiento de los seis grupos de élite: los políticos, los militares, los empresarios, el clero, los intelectuales y los revolucionarios, todos los cuales han actuado de manera que impiden el progreso hacia la modernidad democrática-capitalista. Un año más tarde, un prominente intelectual argentino y una celebridad de los medios de comunicación; Mariano Grondona, publicó "Las Condiciones Culturales del Desarrollo Económico", que analiza y contrasta las culturas propensas al desarrollo (por ejemplo, Estados Unidos y Canadá) y las resistentes al desarrollo (por ejemplo, América Latina). Entre las diferencias que observó fue un mayor énfasis en la creatividad; innovación, confianza, educación y mérito en la primera.

Sin duda, las actitudes y valores de América Latina están cambiando, como sugiere la transición política democrática y la economía de mercado de los últimos quince años. Varias fuerzas están modificando la cultura de la región, entre ellos la nueva corriente intelectual, la globalización de las comunicaciones y la economía y el aumento del Protestantismo evangélico/pentecostal. Los Protestantes ahora representan más del 30 por ciento de la población en Guatemala y 15-20 por ciento en Brasil, Chile y Nicaragua.

El impacto de estos libros del nuevo paradigma y las columnas semanales de Montaner (es el más leído columnista en español) ha sido profundo en América Latina. Pero en Estados Unidos, Canadá y Europa Occidental, han pasado desapercibidos. Una generación de latinoamericanistas alimentada con la teoría de la dependencia, o la menos extrema visión de que la solución a los problemas de América Latina depende de que los Estados Unidos sean más magnánimos en sus relaciones con la región, encuentra indigesta la explicación cultural.

Sin embargo, un estadounidense de ascendencia mexicana, el empresario de Texas Lionel Sosa, ha contribuido al nuevo paradigma. En su libro de 1998, "El Sueño Americano", Sosa cataloga una serie de actitudes y valores hispanos que presentan obstáculos para lograr la movilidad ascendente de la corriente dominante estadounidense.

** La resignación de los pobres: "ser pobre es merecer el cielo. Ser rico es merecer el infierno. Es bueno quien sufre en esta vida, porque en la vida siguiente encontrará recompensa eterna".*

** La baja prioridad a la educación--"las niñas no la necesitan realmente-- de todas formas se casarán. ¿Y los muchachos? Es mejor que vayan a trabajar, para ayudar a la familia." (La tasa de deserción de secundaria de hispanos en los Estados Unidos es cerca del 30%, muy superior a la de los estadounidenses blancos y negros).*

** Fatalismo--"Iniciativa individual, logro, autosuficiencia, ambición, agresividad--todos estos son inútiles frente a una actitud que dice: 'No debemos desafiar la voluntad de Dios'.... Las virtudes tan esenciales para el éxito empresarial en los Estados Unidos son vistas como pecados por la Iglesia Latina." Al menos en California, la tasa de empleo de hispanos por cuenta propia esta muy por debajo del promedio del Estado.*

** La desconfianza hacia los de fuera de la familia, lo que contribuye al generalmente pequeño tamaño de las empresas hispanas.*

Al menos un africano ha llegado a conclusiones similares acerca de la lentitud de los progresos realizados en su continente. Daniel Etounga-Manguelle es un camerunés que tiene un doctorado en economía y planificación de la Sorbona y que dirige una empresa de consultoría prominente que opera en toda África. En 1990 publicó un libro en Francia titulado "Necesita África un Programa de Ajuste Cultural?", en la que atribuye la pobreza de África; autoritarismo y la injusticia social principalmente a los valores culturales y las actitudes tradicionales. El libro evoca la literatura del nuevo paradigma en América Latina.

El análisis de Etounga-Manguelle de la cultura africana destaca las tradiciones muy centralizadas y verticales de la autoridad; un enfoque en el pasado y el presente, no en el futuro; un rechazo de "la tiranía del tiempo"; un disgusto por el trabajo ("*El africano trabaja para vivir pero no vive para trabajar*"); la represión de la iniciativa

individual, del logro y del ahorro (el corolario son los celos del éxito); una creencia en la brujería que nutre la irracionalidad y fatalismo.

Para las personas, especialmente en la comunidad internacional, que ven el "fortalecimiento institucional" como forma de resolver los problemas del tercer mundo, Etounga-Manguelle ofrece una visión: "la cultura es la madre; las instituciones son los niños".

Etounga-Manguelle concluye que África debe "cambiar o perecer." Un "ajuste" cultural no es suficiente. Lo que se necesita es una revolución cultural que transforme las tradicionales prácticas de crianza autoritarias, que "producen ovejas"; transformar la educación haciendo hincapié en el individuo, el juicio independiente y la creatividad; producir individuos libres trabajando juntos por el progreso de la comunidad; producir una élite preocupada por el bienestar de la sociedad; y promover una economía sana basada en la ética del trabajo, el lucro y la iniciativa individual.

Cómo la Cultura Influencia el Progreso

La idea de "progreso" es sospechosa para quienes están comprometidos con el relativismo cultural. Algunos antropólogos la ven como una idea que Occidente está tratando de imponer a otras culturas. En el extremo, los relativistas culturales pueden argumentar que los occidentales no tienen derecho a criticar a instituciones y prácticas como la mutilación genital femenina; suttee, la práctica hindú que obliga a las viudas a unirse a su marido muerto en piras funerarias; o incluso la esclavitud. Algunos antropólogos occidentales se opusieron a la Declaración Universal de Derechos Humanos de las Naciones Unidas.

Pero después de medio siglo de revolución de las comunicaciones, está claro que el progreso en el sentido occidental -y del Asia oriental-- se ha convertido en una aspiración prácticamente universal. No estoy hablando del progreso definido por la próspera sociedad de consumo, aunque el fin de la pobreza es claramente uno de los objetivos universales, y significa inevitablemente mayores niveles de consumo. Durante las casi dos décadas que he estado estudiando y escribiendo acerca de la relación entre los valores culturales y el progreso humano, he identificado diez valores, actitudes o mentalidades que distinguen a las culturas progresistas --culturas que faciliten el logro de los objetivos de la Declaración de las Naciones Unidas-- de las culturas estáticas, que impiden su logro:

1. Orientación temporal: la cultura progresista hace hincapié en el futuro, la cultura estática al presente o pasado. La orientación al futuro implica una visión progresiva del mundo: influencia sobre su destino, recompensas por la virtud en esta vida, y economía de suma positiva en la que se expande la riqueza--en contraste con la psicología de suma cero, común en los países pobres.
2. El trabajo y el logro son fundamentales para la buena vida en la cultura progresista, pero son de menor importancia en la cultura estática. En la primera, el trabajo estructura la vida cotidiana, y la diligencia, la creatividad y el logro son recompensados no sólo económicamente sino también con satisfacción, autoestima y prestigio.
3. La frugalidad es la madre de la inversión--y de la seguridad financiera--en culturas progresistas; una amenaza para el statu quo igualitario en las culturas estáticas, de suma cero, en la que ganancias de una persona son a expensas de los demás.
4. La educación es la clave para el avance en las culturas progresistas pero es de importancia marginal, excepto para las elites en culturas estáticas.
5. El mérito es fundamental para el adelanto en la cultura progresista; las conexiones y la familia son lo que cuenta en la cultura estática.
6. Comunidad: El radio de identificación y confianza va más allá de la familia a la sociedad en general en la cultura progresista, mientras que la familia circunscribe la comunidad en la cultura estática. Sociedades con un estrecho radio de identificación y confianza son más propensas a la corrupción, el nepotismo y la evasión de impuestos y son menos propensas a participar en la filantropía.

7. El código ético social tiende a ser más rigurosos en la cultura progresista. Cada democracia avanzada excepto Bélgica, Taiwán, Italia y Corea del Sur aparecen entre los 25 países menos corruptos del "Índice de Percepciones de Corrupción de Transparencia Internacional." Chile y Botswana son los únicos países del tercer mundo que aparecen entre los primeros 25.

8. La justicia y la equidad son expectativas universales e impersonales en la cultura progresista. En la cultura estática, la justicia, como el progreso personal, es a menudo una función de a quién conoces o cuánto puedes pagar.

9. La autoridad tiende a la dispersión y la horizontalidad en culturas progresistas, que fomentan el disenso; hacia la concentración y verticalidad en culturas estáticas, que fomentan la ortodoxia.

10. Laicismo: La influencia de las instituciones religiosas en la vida cívica es pequeña en la cultura progresista; su influencia en las culturas estáticas a menudo es sustancial. La heterodoxia y el disenso se promueven en la primera, la ortodoxia y la conformidad se animan en esta última.

Obviamente, estos diez factores son generalizados e idealizados, y la realidad de la variación cultural no es blanca y negra sino un espectro, en el que se fusionan los colores uno con el otro. Pocos países serían clasificados con "10" en todos los factores, así como pocos países serían clasificados con "1". Sin embargo, prácticamente todas las democracias avanzadas y grupos étnicos y religiosos de alto logro tales como los mormones, inmigrantes asiáticos, judíos, sijs y vascos--recibirían sustancialmente mejor clasificación que prácticamente todos los países del tercer mundo.

Esta conclusión invita a la inferencia que lo que realmente está en juego es el desarrollo, no la cultura. El mismo argumento podría hacerse sobre el Índice de Corrupción de Transparencia Internacional. Existe una compleja interacción de causa y efecto entre la cultura y el progreso. Pero el poder de la cultura es demostrable--por ejemplo, en los países donde los logros económicos de las minorías étnicas exceden con mucho el de las mayorías, como en el caso de los chinos en Indonesia, Tailandia, Malasia, Filipinas y hasta Estados Unidos.

Los diez factores que he sugerido no son definitivos. Pero al menos indican qué elementos en la inmensidad de la "cultura" pueden influir en la forma que las sociedades evolucionan. Por otra parte, los escritores del nuevo paradigma en América Latina y África atribuyen la modernización lenta de sus países en gran medida a esas actitudes y valores tradicionales. Sus puntos de vista evocan a los seminales culturalistas Alexis de Tocqueville, Max Weber y Edward Banfield. La "Democracia en América" de Tocqueville es particularmente relevante para aquellos que presentan explicaciones geográficas o institucionales para el desarrollo democrático:

Los europeos exageran la influencia de la geografía en los poderes duraderos de las instituciones democráticas. Se concede demasiada importancia a las leyes y demasiado poco a las costumbres.... Si en el curso de este libro no he conseguido hacer que el lector sienta la importancia que doy a la experiencia práctica de los norteamericanos, a sus hábitos, opiniones y, en una palabra, a sus costumbres, en el mantenimiento de sus leyes, he fracasado en el objetivo principal de mi trabajo.

Cambiando la Cultura Tradicional

En parte debido a la influencia de los escritores del nuevo paradigma, pero en algunos casos debido a experiencias de vida que han llevado a las mismas conclusiones, un creciente número de latinoamericanos y otros ha iniciado actividades que promueven las actitudes y valores progresistas.

Octavio Mavila fue durante tres décadas el distribuidor de Honda en el Perú. Un hombre corpulento hecho a sí mismo bien entrado en los setenta, Mavila ha visitado Japón numerosas veces a lo largo de los años. Llegó a la conclusión de que la única diferencia entre Japón y Perú fue que los niños japoneses aprendieron valores progresistas mientras los niños peruanos no. En 1990 estableció el Instituto de Desarrollo Humano en Lima para promover "los diez mandamientos del desarrollo": orden, limpieza, puntualidad, logro, responsabilidad, honestidad, respeto por los derechos de otros, respeto de la ley, la ética de trabajo y la frugalidad. (En "El Sueño Americano", Lionel Sosa presenta un programa similar para el éxito basado en "Los Doce Rasgos de los Latinos Exitosos.") Más de dos millones de estudiantes peruanos han participado en cursos patrocinados por el Instituto.

Los diez mandamientos del desarrollo están siendo predicados fuera del Perú, también. Humberto Belli, Ministro de Educación de Nicaragua en dos administraciones, les considera fundamental para su programa de reforma educativa. Ramón de la Peña, rector del campus Monterrey del prestigioso Instituto Tecnológico y Estudios Superiores de Monterrey de México, también ha promovido el uso de los diez mandamientos.

La eficacia del enfoque evangelizador al cambio cultural debe evaluarse. Como Luis Ugalde, un jesuita que es el rector de la Universidad Católica de Caracas, ha observado, si los niños aprenden una ética progresista en la escuela y resulta irrelevante a su vida fuera de la escuela, el impacto puede ser escaso. Por esta razón Ugalde, que está convencido de que los valores y actitudes importan, está promoviendo campañas de lucha contra la corrupción, campañas pro-mérito en el Gobierno, las empresas y las profesiones.

En gran parte, la corrupción es un fenómeno cultural, vinculado a factores como el limitado radio de identificación y de confianza que se traducen en un sentido limitado de comunidad y un código ético elástico. La corrupción se ha convertido en un tema de alto perfil en América Latina. En 1998, la Organización de Estados Americanos aprobó la Convención Interamericana contra la Corrupción. Pocos esperan que la propia Convención va a reducir drásticamente la incidencia de la corrupción--cinco países de América Latina (Paraguay, Honduras, Colombia, Venezuela y Ecuador) aparecen entre los diez países más corruptos de Transparencia Internacional. Pero está claro que la corrupción hoy está recibiendo más atención que antes, por, entre otros, el Banco Mundial.

La cuestión de género ha llegado también a la palestra, desafiando la cultura del machismo tradicional. Las mujeres de América Latina son cada vez más conscientes de la democratización de género que se ha producido en las últimas décadas, particularmente en los países del primer mundo, y cada vez más se están organizando y tomando iniciativas para rectificar el sexismo que las ha mantenido en una posición de segunda clase. En varios países, las leyes relativas a padres y derechos de propiedad y el divorcio se han liberalizado en favor de las mujeres y nueve países han establecido cuotas obligatorias para mujeres candidatas en las elecciones. Si bien estas leyes electorales no son uniformemente eficaces, son un recordatorio de que la revolución de género y todo lo que implica en relación con la transformación de los valores tradicionales, está llegando a América Latina.

Integración de Valores y Actitudes en el Desarrollo

Con la notable excepción de Asia Oriental y de Iberia, el progreso humano durante el medio siglo desde la Segunda Guerra Mundial ha sido desalentador. La razón principal para ello ha sido la incapacidad para tener en cuenta el poder de la cultura para frustrar o facilitar el progreso. Es, por ejemplo, el contraste cultural entre Europa occidental y América Latina, que principalmente explica el éxito del Marshall Plan y el fracaso de la Alianza para el Progreso.

Esto no es para decir que abordar la cultura resolverá todos los problemas. La cultura es uno de varios factores-- otros son la geografía y clima, ideología, políticas, globalización, liderazgo, los caprichos de la historia--que influyen en el progreso. Los límites de explicaciones culturales son evidentes cuando uno considera los llamativos contrastes en curso entre Corea del Norte y del Sur y entre Alemania del Este y del Oeste. Pero sobre todo porque consideramos que en el largo plazo, el poder de la cultura se hace más evidente.

En un Simposio de Harvard de 1999 titulado "Valores Culturales y Progreso Humano", Nathan Glazer observó que las personas se sentían incómodas o se ofendían por explicaciones culturales de por qué algunos países y algunos grupos étnicos se desempeñan mejor que otros. Pero la alternativa-- verse a sí mismo o a su grupo como una víctima--es peor. Como Bernard Lewis observó recientemente en un artículo de Foreign Affairs sobre los países islámicos, "Cuando la gente se da cuenta de que las cosas van mal, hay dos preguntas que pueden hacerse. Una es, '¿Qué hemos hecho mal?' y la otra es "¿Que nos hizo esto a nosotros?" Esta última conduce a las teorías de conspiración y paranoia. La primera pregunta lleva a otra línea de pensamiento: "¿Cómo lo corregimos?"

Un consenso en el Simposio de Harvard es que necesitamos conocer mucho más sobre las complejas relaciones entre cultura y progreso y qué se puede hacer para promover los valores progresistas. Se ha desarrollado un programa de investigación, el producto final serían directrices para los gobiernos y las instituciones de desarrollo. El programa sería 1) definir, analizar y medir el peso de los valores que más influyen en el desarrollo; 2) mejorar la comprensión de las complejas relaciones entre valores, políticas, instituciones y desarrollo; y 3) mejorar la comprensión del papel de los agentes de transmisión cultural, por ejemplo, los padres, compañeros, escuelas, televisión. La agenda de investigación también incluye ampliar el Estudio Mundial de Valores, que ahora abarca

sesenta y cinco países, aún más en los países pobres y adaptarlo a los resultados de la investigación sobre valores. Por último, se emprendería una evaluación de las actividades en curso que promueven valores progresistas y actitudes, sobre todo a través de la educación, la crianza más eficaz, promoción de la actividad emprendedora, promoción de la responsabilidad cívica, la reducción de la corrupción y la expansión de la filantropía.

La cultura no es la única fuerza que da forma a los destinos de las naciones, particularmente en el corto plazo. Además, la cultura cambia. Una observación de Daniel Patrick Moynihan es idónea: "*La verdad central conservadora es que es la cultura, no la política, es la que determina el éxito de una sociedad. La verdad liberal central es que la política puede cambiar una cultura y salvarla de sí misma.*"

Pero creo que David Landes es atinado cuando concluye en su reciente libro, "La Riqueza y La Pobreza de las Naciones", "*si aprendemos algo de la historia del desarrollo económico, es que la cultura hace la diferencia*". Creo que lo mismo puede decirse del desarrollo político y social. Sin embargo el papel de los valores culturales y actitudes como obstáculos para o facilitadores del progreso ha sido ignorado en gran medida por organismos gubernamentales y agencias de desarrollo. Integrando valores y actitudes en las políticas y programas se asegura que, en los próximos cincuenta años, el mundo no vivirá de nuevo la pobreza y la injusticia en que los países más pobres han sido estancados durante "décadas de desarrollo" en el último medio siglo.

Lawrence E. Harrison dirigió las misiones de USAID en cinco países de América Latina entre 1965 y 1981. Él es un senior fellow at Harvard University's Academy for International and Area Studies y coeditor del libro "La Cultura Importa: Cómo los Valores dan Forma al Progreso Humano" (Basic Book, 2000)

Texto completo COPYRIGHT 2000 The National Affairs, Inc. (original en ingles)
Traducción automática al español con Microsoft Translator. Ajustes a la traducción por Arturo J. Solórzano.